

Los retos estratégicos de Europa

La Europa del siglo XXI atraviesa una etapa marcada por una acumulación inédita de incertidumbres. Los principales que caracterizaron al orden internacional tras la caída del Muro de Berlín —el libre comercio, la primacía cultural de Occidente y el multilateralismo— se han erosionado con rapidez. En este contexto, el proyecto europeo se enfrenta a un conjunto de desafíos estratégicos que cuestionan su estabilidad y cohesión interna, sus valores y principios fundamentales y su prosperidad.

El sistema internacional ha transitado desde la unipolaridad posterior a la Guerra Fría hacia un esquema pluripolar caracterizado por nuevas rivalidades, una feroz competencia tecnológica y, últimamente, el colapso de un orden internacional basado en el Derecho. La invasión rusa de Ucrania en 2022 marcó un punto de inflexión. Al mismo tiempo, el ascenso sostenido de China como potencia económica, tecnológica y militar ha intensificado la rivalidad sistémica con Estados Unidos. Finalmente, la furia agresiva desatada por la Administración Trump ha superado cualquier límite imaginable (también, por cierto, la indulgencia del mundo occidental). No faltan voces que hablan abiertamente de una auténtica regresión civilizatoria.

En este escenario, la Unión Europea debe redefinir su autonomía y su papel en el mundo. La tensión entre dependencia y soberanía se ha convertido en

uno de los ejes centrales de su agenda estratégica. La magnitud de los desafíos actuales exige a Europa una evolución institucional más profunda. La guerra en Ucrania ha impulsado avances en cooperación militar, financiación común y coordinación en materia de sanciones, pero persisten límites estructurales: la regla de la unanimidad en política exterior y de seguridad, la fragmentación de capacidades militares y la divergencia de culturas estratégicas entre Estados miembros. La respuesta evidente es: necesitamos más Europa.

En este contexto, el fortalecimiento de la dimensión de defensa europea resulta esencial. La cooperación con la OTAN sigue siendo imprescindible, pero la credibilidad de Europa como actor global

depende de su capacidad para actuar de forma autónoma de los EEUU. El desarrollo de una base industrial y tecnológica de defensa europea, la consolidación de instrumentos financieros comunes y la superación de vetos nacionales constituyen pasos necesarios, aunque políticamente sensibles.

Uno de los fenómenos más disruptivos de nuestra era es la concentración de poder en manos de grandes corporaciones tecnológicas transnacionales. Empresas como Google, Apple, Meta o Amazon han acumulado una capacidad de influencia económica, cultural y política sin precedentes. Controlan infraestructuras digitales esenciales,

Ante el cúmulo de desafíos a los que se enfrenta, la Unión Europea debe apostar por una renovación profunda de su proyecto, reforzando su capacidad de acción exterior, potenciando su cohesión interna, protegiendo sus valores democráticos y ofreciendo horizontes de esperanza.

gestionan flujos masivos de datos y moldean el espacio público a través de algoritmos opacos. Para Europa, esta concentración de poder plantea un doble reto. En primer lugar, la dependencia tecnológica limita su soberanía digital. En segundo lugar, la segmentación algorítmica de la información y la dilución progresiva de los procesos y estructuras convencionales de intermediación social y creación de opinión (partidos políticos, sindicatos y medios de comunicación social) afectan a la calidad del debate público y facilitan la desinformación, la polarización y la manipulación electoral. La regulación europea debe equilibrar innovación y derechos fundamentales, pero la asimetría de poder entre Estados y plataformas continúa siendo abismal.

Europa ha aspirado a liderar la transición ecológica global mediante ambiciosos objetivos de descarbonización. Sin embargo, el contexto geopolítico y económico ha introducido tensiones que amenazan con ralentizar o revertir compromisos climáticos. La crisis energética derivada de la guerra en Ucrania reabrió el debate sobre la seguridad de suministros y la dependencia de combustibles fósiles. Al mismo tiempo, el auge de fuerzas políticas que cuestionan la agenda verde, invocando el coste social de la transición, pone en riesgo la coherencia del Pacto Verde Europeo. La transición climática exige inversiones masivas, transformaciones industriales y cambios en patrones de consumo. Si no se gestionan con criterios de justicia social, estas transformaciones pueden alimentar el malestar y fortalecer narrativas populistas que oponen medio ambiente y empleo. El desafío consiste en compatibilizar competitividad, cohesión social y sostenibilidad. La reindustrialización y la construcción de una auténtica Europa social son asignaturas esenciales.

La combinación de desinformación digital, polarización política, injerencias externas y crisis económicas ha erosionado la confianza ciudadana en las instituciones democráticas. En varios Estados europeos se observan tendencias iliberales que constituyen amenazas serias para el Estado de Derecho. La democracia europea ya no puede darse por supuesta; requiere una defensa activa y mecanismos eficaces de supervisión y sanción. La fragilidad democrática se ve agravada por la sensación de pérdida de control que experimentan amplios sectores

sociales ante procesos globales que perciben como inabarcables. Cuando las decisiones clave tienden a desplazarse a instancias tecnocráticas o supranacionales, crece la brecha entre gobernantes y gobernados. La legitimidad del proyecto europeo dependerá de su capacidad para combinar eficacia en la acción con transparencia, participación y rendición de cuentas.

Más allá de la inteligencia artificial, las neurotecnologías emergentes plantean dilemas éticos de enorme calado. La posibilidad de intervenir directamente en procesos mentales desafía categorías jurídicas tradicionales como la privacidad, la autonomía o la identidad personal. Europa, que intenta ser un referente en regulación ética de las tecnologías, deberá anticipar marcos normativos que protejan los llamados "neuroderechos" sin frenar la investigación científica.

Las sociedades europeas conviven con una acumulación de temores: precariedad laboral, encarecimiento de la vivienda, crisis migratorias, amenazas terroristas, pandemias y cambio climático. La sucesión de crisis ha generado una sensación de inestabilidad permanente. Estos miedos alimentan respuestas identitarias y demandas de protección que pueden traducirse en repliegues nacionalistas. El desafío para Europa es ofrecer seguridad sin sacrificar apertura ni derechos fundamentales. La adaptación y resiliencia social se convierten así en componentes esenciales de la estrategia geopolítica.

Europa se encuentra en una encrucijada histórica. El nuevo orden geoestratégico, la concentración de poder tecnológico, la fragilidad democrática y los dilemas éticos de las tecnologías emergentes conforman un escenario de alta complejidad. Frente a la tentación del repliegue o la resignación, la Unión Europea debe apostar por una renovación profunda de su proyecto: reforzar su capacidad de acción exterior, consolidar su cohesión interna, proteger sus valores democráticos y ofrecer horizontes de esperanza a sus ciudadanos.

La era de las incertidumbres no implica verse abocados a la decadencia. Puede ser también una oportunidad para redefinir el sentido y la ambición del proyecto europeo. La clave reside en su capacidad para transformar el miedo en responsabilidad compartida y la fragmentación en cooperación solidaria. **TEMAS**